

LA NACIÓN

AÑO I.—Núm. 29

Santiago de Chile, Domingo 11 de Febrero de 1917

Imprenta y Oficinas: Agustinas 1269

De don Ernesto de la Cruz.

El Paso de los Andes y la batalla de Chacabuco 1817-1917

El plan de operaciones ideado para alcanzar la restauración de la Independencia de Chile perdida en Rancagua dos años antes, Octubre de 1814, sobre la base del paso de los Andes del modo y formas en que San Martín se lo propuso, puede compararse con las concepciones estratégicas de los grandes expertos y audaces capitanes. Y el desarrollo admirable de la combinación, calculando con precisión matemática el tiempo y las distancias para la marcha de las diversas unidades que separadamente y por muy diferentes puntos debían traspasar la alta cordillera; el examen detenido y analizado de los pasos y bocanetas, de los recursos del camino y de la disposición, número y calidad de las fuerzas enemigas en el vasto territorio que se proponía invadir; el ingenio, en unos casos, y la audacia, en otros, con que salvara la falta absoluta de recursos y de dinero para la organización de la magna empresa; la implantación, en fin, de un servicio de espionaje tan seguro como admirablemente seleccionado en sus elementos y calculado en sus fines, confirman en el criterio de la Historia, las aptitudes superiores del Capitán de los Andes.

Puede que la idea primaria de la invasión naciera, antes que en el suyo, en el cerebro potente del ilustre diplomata y político don Tomás Guido, con una superabundancia de literatura librea y de amor filial lo ha pretendido demostrar el inspirado vate don



Bernardo O'Higgins

From a photograph lent by the Chilean Legation, Santiago

Brigadier don Bernardo O'Higgins

Pongámoslo en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el papel del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito.

Tal la idiosincrasia del general San Martín, trazada por la pluma de oro del más honrado y pulcro de los escritores rioplatenses.

A su lado colocó la suerte, por raro caso, dos hombres venidos de pueblos distantes y distintos, de caracteres también dispares y que sólo se hermanaron en el servicio de una misma gloriosa empresa: los brigadieres don Miguel Estanislao Soler y don Bernardo O'Higgins.

Después de Chacabuco, dispares correrán de nuevo sus destinos. Había nacido Soler en Buenos Aires por los años 1783. Hijo de un oficial español de activa carrera, hacia las armas encausáronse desde temprano la voluntad y aptitudes del futuro general.

O'Higgins, nacido en Chillán cuatro años antes, educado en Lima e Inglaterra, se inclinó de

mente, el 24, salían los últimos cuerpos de la expedición, el parque general y la maestraza del Ejército.

La marcha a través de los desfiladeros de los Andes orientales, fué impenetrablemente penosa; pero las instrucciones impartidas a los jefes divisionarios se cumplieron durante ella con acierto y lealtad.

Desde la cumbre, el avance fué aún más difícil, a pesar del descenso debido a lo abrupto de las faldas occidentales.

El 4 de Febrero, las fuerzas que, al mando del comandante de Ingenieros don Antonio Aros, había destacado el brigadier Soler hacia Valle Hermoso, sorprendían las guardias del ejército enemigo y franqueaban la entrada al valle. En las primeras horas de la madrugada del 6, Soler, adelantándose la división de su mando, con la escolta del general en jefe y dos escuadrones de caballería, iba a situarse, a su vez, en la embocadura del valle de Puatungo, no sin haber vencido antes la resistencia de los destacamentos realistas.

territorio de Chile, sea Ud. nombrado Presidente de él, con entera y absoluta independencia de este Gobierno. Me resultan dos satisfacciones de esto: la primera haber firmado e infundido para esto, y la segunda que al Gobierno de mi país acredite a la faz del mundo que no es ambicioso, ni piensa dominar países amigos y hermanos, sino salvarlos de la opresión tiránica en que simen. Cuidado que esto no se dice a nadie, pues podría comprometerme, y estoy encargado del siglo. Carrera vieja en una fragata de Norte América, vaya esta noticia para que todo no sea alegre; mucho siento este accidente por lo que puede influir en el desorden de ese hermoso país. Adios, amigo; deseo a Ud. salud y victoria; mis respetos a su señora madre y hermanita, y Ud. cuénteme siempre en el número de sus verdaderos amigos.— Q. B. S. M. — Juan Florencio Terrada. — Buenos Aires, 17 de Enero de 1817.

A esta carta, que venía a enterrar a O'Higgins de la inmensa responsabilidad que sobre él iba a recaer en pos de la primera victoria, respondió el héroe:

Señor don Juan Florencio Terrada. — Cordillera de Los Patos, Enero 28 de 1817. — Mi querido y antiguo amigo: Al montar a caballo para marchar a la victoria o a la muerte, viene a mis manos su muy interesante y apreciable carta reservada, y con el mayor placer contesto que se le voy



Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Juan Martín de Pueyrredón.

La carta que O'Higgins dirigió a San Martín desde la Quebrada Ancha, el 2 de Febrero, tiene también no escasa importancia histórica, pues en ella se revela que el antagonismo entre el brigadier chileno y Soler, no tuvo por sola causa la actitud de O'Higgins en la batalla del 12, como lo han sostenido invariablemente los historiadores de aliendo y aqueando los Andes.

Expresamente autorizado por San Martín para abrir o imponer a la correspondencia del jefe de la vanguardia, O'Higgins se encontró con que Soler tergiversaba la relación de los acontecimientos de la marcha en detrimento del buen nombre del jefe de la segunda división. Y para rectificar a aquel y puntualizar los hechos, escribió la carta referida, que va a continuación:

"Señor don José de San Martín. — Mi amado amigo: He abierto la correspondencia que Ud. me ha prevenido que me mande con él. me ha prevenido que ayere tarde no más llegaran a su campamento las cargas de provisión, cuando temprano, por la mañana, las voy a pasar por él. Dice que ignora si sos que él. No puede ser así, cuando sus mismos oficiales y ayudantes han visto marchar esta división en el mayor orden y unión, y el mismo Soler, que lo sabe, me escribió ayer para que no me moviese hoy hasta las dos de la tarde, sin duda para que no lo alcanzase, como sucedió ayer a las cuatro de la tarde, que alcancé a divisar su retaguarda desde este punto.

"Si lo dice por la escolta, no tengo la menor duda que su comandante, al intento, contra mi orden, se adelantó para quedar en la división de vanguardia, pues, desde que llegué aquí, ni me avisó de ello, ni hasta hoy me ha escrito una letra: bien que tuvo orden del general Soler de marchar con él. La guardia que escoltaba a provisión, y dije a Ud. ayer había quedado más allá del alto, está en los Paltos sin novedad alguna. Las mulas de la provisión, bastante rendidas. A un tal Ortiz, que conduce provisión para la vanguardia, lo he mandado marchar a la ligera, porque las 13 cargas de provisión que ayer dije a Ud. iba a mandar a Soler, no se han podido efectuar por las mulas, y las de Ortiz vienen mejor.

"Ayer se fué el extranjero mayor a incorporarse a la vanguardia por haber tenido órdenes para ello de su general. Hoy se ha muerto un soldado del N.º 7, en su cama: todos ignoramos cuál fué su mal; un barbero, que hace de profesor y no sabe leer, menos podría acertar.

"Voy a salir para los Patos u Horqueta; allí quedarán mañana los 60 hombres que Ud. me ordenó.

"Celebraré conserve Ud. la salud, que sobre todo me interesa, y leponga de su más fiel amigo Q. B. S. M. — Bernardo O'Higgins.



Coronel Mayor, General en Jefe del Ejército, don José de San Martín.

Carlos Guido Spano. (Pero desde las regiones de la concepción ideológica hasta el terreno de las realidades cercanas, hay espacio y tiempo suficientes para que, prueba de dificultades y desesperanzas, aborten las concepciones de la penetración psicológica. . . . Porque en el plan propuesto, ante todo y sobre todo, importaba, para su consecución, el conocimiento de los hombres y del medio, singularmente de aquellos cuyo contingente de voluntad, de lealtad o de esfuerzo, había de constituir la base de la acción conjunta en el impulso inicial de la campaña y en el desarrollo posterior de los sucesos.

La elección de los jefes divisionarios y de las unidades de las distintas armas, y aún la selección de los oficiales y clases que, colocados en las filas en contacto con la tropa, iban a servir con su ejemplo de resorte matriz a la entera y pulcra del soldado en una empresa en que no era suficiente el valor crudo y brutal que enardece la pelea, y en la que, en cambio, era indispensable el esfuerzo reflexivo y sostenido ante las dificultades de una marcha penosa y dilatada, fueron salvadas por el general con raro tacto y profundo conocimiento del carácter, capacidad y lealtad de cada uno de los jefes y oficiales puestas a su servicio. . . .

Con razón Rodó ha escrito, refiriéndose a las cualidades superiores de organizador y de estratega que fueron la característica de San Martín, esta síntesis brillante: "El capitán del sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a ella ya maduro, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrecentar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre, el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratega sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de la libertad se desahoga con impetuoso turbulento e indómito al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las montañas de O'Higgins no acordó estas distancias. En el sur, la revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Bolívar o Rondau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal o profético, y otro el que mueve ejércitos de líneas y se pone con ellos al servicio de una autoridad estricta.

"San Martín podría salir de su escenario sin desdoro: no le desentoraron dentro de otros pueblos y otras épocas. Su severa figura cambiaba sin inconveniencia el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocelosos. Imaginámosle al lado de Turana: valdría para heredo de su espada precursora y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémoslo junto a Washington: podría ser el más ilustre de sus consillones y el más ejemplar de sus discípulos.

Cróquis del paso de Los Andes, trazado por O'Higgins en 1830, al reverso de una carta

Preferencia a la marina en sus primeros años, o sea, mientras sus estadas en Londres y Cádiz le pusieron en contacto con armadores y pilotos. Pero bien pronto, de regreso a la patria, se apasionó por el cultivo de la tierra, consagrándose por entero a las faenas campesinas en su remota estancia de las Canteras.

De costumbres sencillas y afable trato, no tuvo el brigadier chileno las petulancias provocativas de Soler; esas que en la más alta celsitud de la vida de ambos hicieron tener un lapso de honor en Chacabuco, y que poco después de la entrada triunfal en Santiago originaron el llamado de éste a Buenos Aires.

En los últimos días de 1815 quedaban terminados en Mendoza los aprestos del ejército chileno-argentino de los Andes; y el 9 de Enero siguiente comenzó la movilización de los cuerpos.

El 13, un destacamento de 80 infantes y 20 hombres montados, a las órdenes del teniente coronel don Ramón Freyre, emprendió la marcha hacia el sur, con el objeto de tomar el paso del Planchón y sublevar las provincias meridionales de Chile, levantando guerrillas y distrayendo las fuerzas realistas por aquella parte.

El 18, el coronel don Gregorio de Las Heras salía hacia Uspallata con el Batallón N.º 11, treinta granaderos a caballo y dos piezas de artillería con su dotación de sirvientes.

El día 20 se movilizaba otra división a las órdenes del teniente coronel don Rudecindo Alvarado; y el 21, emprendían la marcha, con dirección a Los Patos, el Batallón N.º 7 y veinte artilleros al mando del brigadier don Bernardo O'Higgins.

El 23 se movilizaban los regimientos de Granaderos a Caballo y los hospitales militares; y, final-

mente de los que lo gobernaron desde setiembre de 1819 hasta el mismo mes de 1824, y conociendo igualmente la opinión que el calor de la amistad le ha conducido a formar de mi carácter, no me sorprende ver que Ud. haya influido a fin de que luego que pise el territorio de Chile sea yo nombrado Presidente de él, con entera y absoluta independencia de ese Gobierno. Los fundamentos sobre que su Gobierno ha decidido sobre esta materia reflejan tanto en su honor como en el mío. La llegada de Carrera en estos críticos momentos es una circunstancia que no puede halagar a Ud. como a ningún patriota recto y juicioso que esté bien impuesto de su conducta en Chile. No obstante, si la Divina Providencia fuese servida coronar al Ejército Libertador con la victoria, las maquinaciones de ese hombre no pueden influir mucho en un país donde es tan bien conocido, y por cuya conducta el pueblo chileno ha sufrido por más de dos años la opresión española, a que exclusivamente se deben atribuir sus humillaciones. No puedo, finalmente, concluir mejor esta carta, sino con aquellas palabras a que Ud. tantas veces ha expresado su aprobación, porque están de acuerdo con su conducta y sus propios sentidos, que son: "Vivir con honor o morir con gloria". Yo las pronuncio siempre en las batallas, y si no fuese digno de ellas, venga entonces sobre mí el mal que me sería más sensible, que es la pérdida de la amistad de Terrada. Mi expresiones a su digno tío, el señor canónigo Freyre, y se repite eternamente suyo.— Bernardo O'Higgins.

No es extraño que el grande hombre exprese en esta carta, conceptos relativos a don José Miguel Carrera, que la Historia no podrá aceptar sin beneficio de inventario ya que entre nosotros la exacerbaron de las pasiones políticas.—antonces como ahora,— han arraz-

Las divisiones secundarias que San Martín hizo pasar por los Puertos de Comodoro Caballero, sobre la provincia de Atacama, de Azufre hacia Coquimbo, de los Pluqueños hacia Santiago por la hoya del Malpo y la de Freyre por el Planchón sobre las provincias meridionales, hicieron su ruta sin variar un punto el itinerario que les fué trazado y llenaron su cometido con celo y patriotismo, contribuyendo de manera eficaz al éxito completo de las operaciones trascendentales que se iban a desarrollar simultáneamente en Chacabuco.

Las fuerzas que, al mando del teniente coronel don Juan Manuel Cabot, pasaron por el portezuelo del Azufre hacia Coquimbo, derrotaron a fuerzas argentinas muy superiores, cerca del pueblito de Barraza (en el departamento de Ovalle), el 9 de Febrero; pero Cabot empañó el brillo de su triunfo con depredaciones y saqueos que O'Higgins condenó más adelante, enérgicamente, en oficio de 7 de Abril al gobernador de Cuyo, pidiéndole "el embargo de gruesos cargamentos de varias especies que con escándalo y deslustró de las armas argentinas ha saqueado de la provincia de Coquimbo el comandante don Juan Manuel Cabot".

La del comandante don Ramón Freyre sorprendió y derrotó a los dragones realistas en Cumpeo, cerca de Talca, haciéndoles buen

número de prisioneros y tomándoles algún material de guerra. Poco después Freyre, al frente de dos mil hombres, entraba triunfante sucesivamente en Talca, Curicó y San Fernando.

En resumen, dice el comandante Díaz, del Estado Mayor, las operaciones del Ejército de los Andes habían sido efectuadas hasta aquí en una forma brillante y aún las más pequeñas fracciones habían sido favorecidas por el éxito más completo.

Estamos en la víspera de la batalla de Chacabuco, coronamiento digno del Paso de los Andes, y portada de oro de la Patria Nueva. Al prepararnos a celebrar esa gran fecha, no olvidemos que los pueblos sólo son verdaderamente grandes cuando exaltan las tradiciones de la raza, que se basan en los hechos de su historia.

Miemos atentos hacia el porvenir, sin olvidarnos nunca del pasado.

ERNESTO DE LA CRUZ.

Una obra de previsión social

Iniciativa del Director de la Caja de Crédito Hipotecario.—La Población Agrícola de Graneros.—Modelo de granjas.—Construcciones modernas y económicas.—Beneficios locales

Sabedores de la trascendencia que tiene toda obra encaminada a disminuir la situación precaria del pueblo, no hemos dirigido en días pasados a visitar la Población Agrícola de Graneros, creada por la iniciativa del Director de la Caja de Crédito Hipotecario, don Luis Barros Borgoño, en la extensión de terreno de 100 cuerdas, que posee dicha institución, entre la línea central de los Ferrocarriles del Estado y el camino público a Rancagua.

Esta zona, productora de toda clase de cereales, con grandes fundos explotados con los últimos adelantos modernos y cercana al mercado de la capital, es la prueba evidente del valor que representan los terrenos de propiedad de la Caja, y que se han destinado para la venta, en pequeños lotes construídos y a precios muy equitativos y con la ventaja de su pago en cuotas mensuales.

Los propósitos que han animado a la Caja Hipotecaria, para la realización de esta obra, son de un valor inapreciable, ya que no se persigue lucrar, sino fomentar en el pueblo el amor a la economía y a la propiedad. El individuo que, saliendo de su situación de inquilinaje, en que se le mantiene en las grandes haciendas, se hace propietario, se eleva doblemente en su nivel moral, y se hace más respetoso por su persona y por la familia que forma, educando a sus hijos en la conciencia, de que serán mañana los propietarios

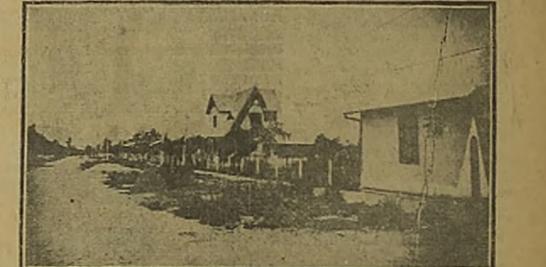
aseados, con sus papeles alcos y sus establos brillantes; en todo hay orden y cuidado, y se ve el esmero de sus habitantes por vivir mejor, haciéndose recordar las viviendas europeas, que delatan al obrero culto, que se aprecia y que vigila por su familia.

Como un estímulo y no como una necesidad, se instituirá un premio a la casa que sea mejor tenida.

Después de poder apreciar esta mudanza, desde el rancho a la casa que ofrece comodidades y holganza, se nos ha aliviado el espíritu y hemos comprendido que también ese pueblo, lleno de enfermedades, sin moral, y con vestigios de la indiana araucana, es capaz de mantenerse en un ambiente mejor y más adecuado a la vida humana.

Y por estas razones, es doblemente laudable la obra de que nos ocupamos. Hay una gran actividad en la prosecución de los trabajos iniciados, y a cada paso se nota el nuevo marco de unos cimientos que se empiezan, para una nueva finca, para un nuevo propietario. Desde la fecha de la inauguración de la Población Agrícola, cuando la primera Conferencia del Ahorro, hasta hoy día, la realización de la obra se presenta con todo el carácter de un triunfo, bien merecido para el empeñoso Consejo de la Caja Hipotecaria y para el espíritu innovador y moderno de su Director.

Para los utopistas, para los apóstatas del bien social, la realidad apilastada está ahora en la realización de esta



UNA DE LAS AVENIDAS DE LA POBLACION

de su heredad, adquirida y cultivada por sus propios manos. Se logra, por este medio, retirar al pueblo del ambiente miserable en que vive, se consigue la destrucción del rancho de totora, mal cliente y anti-higiénico, y se les da un hogar aseado, se les habilita al orden y se les estimula, dándoles comodidades que ellos tratan de ampliar con su trabajo.

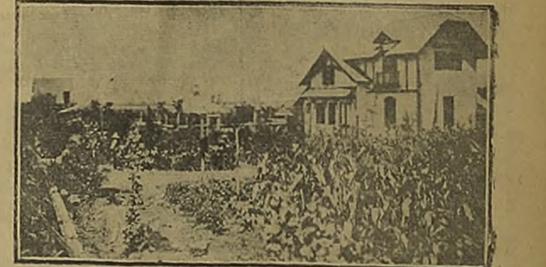
Problema tan interesante, valía bien la pena de estroñarlo detenidamente, ya que en su gestación han actuado hombres de innegable versación en las cuestiones sociales.

Después de dos horas de tren, avistamos la estación de Graneros, y sin necesidad que el arquitecto de la Caja Hipotecaria, don Ricardo González, nos dirigiera la construcción de los edificios nos llamara la atención, vimos esparcidos un sinnúmero de pequeños chalets, que pintados en tonos claros y

obra, a que le han dedicado sus mejores esfuerzos el Inspector General don Agustín Baeza Espideira y su Administrador don José Manuel Couñao. De las condiciones estéticas de las construcciones, bástanos decir que han sido estudiadas por el arquitecto Ricardo González, de especial preparación y gusto refinado.

Se ha previsto todo: no se han limitado sus fundadores a construir las pequeñas granjas, sino que también a darles todo lo necesario para que puedan vivir dentro de las exigencias y de las necesidades más apremiantes.

Se han delineado las calles, orilladas de árboles; se ha ordenado un local destinado a la plaza pública, en donde construyen jardines para que vayan a retorar los pequeños; hay un terreno dedicado al Stadium para el desarrollo de la cultura física; al Gobierno pedirá propuestas para construcción de una escuela pública; hay un jardín escolar, bajo la vigilancia de don Carlos Eche-



UN CHALET

verría Cazotte, en donde se ha establecido un criadero de árboles y plantas para proporcionarles a los propietarios a un precio muy inferior a los corrientes. (En este mismo jardín, se enseña a los niños, agricultura práctica y se les remuneran sus servicios; un departamento, recién instalado de fuerza eléctrica que da luz a toda la población y a varios fundos; una poderosa bomba para distribuir el agua potable; obras de alfarería, hornos de ladrillos y adobes para disminuir el costo de las construcciones; en plena Plaza, la escuela de la Caja de Ahorros, guardadora de todos los intereses, es rica por empleos activos e inteligentes, que viene a coronar esta obra que ha hecho ganar considerablemente a la zona que quisiera en que está ubicada.

Recorrimos en toda su extensión la propiedad de la Caja y pudimos notar cómo el pequeño propietario, acaudalado con el cultivo ordenado y metódico de su finca, el mayor rendimiento, dándose el caso de uno, con quien conversamos, que había recogido sesientos pesos por la venta de los tomates producidos en cinco metros de terreno!

Todos tienen su pequeño jardín, cultivado con gracia; de los balcones caen manojos de yedras-rosas; los interiores

Crítica literaria

Serleñd' recte en-
pene est et princi-
pale et fons.—Horo-
sus.

Ernesto de la Cruz.—Epistolario de O'Higgins. 1798-1833.—Obra premiada por el Supremo Gobierno, 1917. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria. In-3. (23x15); 400 p.; rústica.

El próximo aniversario de Chacabuco da a este libro extraordinaria actualidad. Se trata de una obra excelente, obligada a figurar en nuestras bibliotecas y que debiera difundirse por todas las escuelas de la República, como un poderoso fermento de amor patrio.

El compilador de esta correspondencia, don Ernesto de la Cruz, que ya tiene ganada notoriedad en los estudios de historia americana, da con éste un muy considerable paso en el campo de las investigaciones históricas. Su libro pudiera creerse la obra de un veterano en esta rama del saber.

Las 172 cartas del Epistolario, prolijamente comparadas con sus originales, están anotadas con sustancial brevedad, puesto ahí todo lo necesario y nada más que lo indispensable para esclarecer la correspondencia de O'Higgins y mostrar la evolución de sus ideas y propósitos.

Muchas de las muchas anotaciones biográficas con que el señor de la Cruz ilustra el texto, son cumplidos y definitivos juicios históricos, imparciales y benevolos; algunas de ellas rectifican equivocadas apreciaciones de los historiadores precedentes.

Esa misma imparcialidad lo fuerza en ocasiones a ser duro y marcar con frases de fuego a determinados personajes, como por ejemplo, a Montecinos. En condenadas y terribles palabras tomamos en la página 186 un fallo que seguramente no casará la posteridad.

No menos interesantes ni hechos con menor habilidad son los resúmenes de que el autor hace preceder la correspondencia de O'Higgins en ciertos períodos. Son cuadros de conjunto, claros y sobrios pero en que resaltan las líneas fundamentales de nuestra incipiente historia patria. De la Cruz narra sencillamente, sin apasionarse, y con la misma serenidad juzga los hechos tan conocidos de nuestra independencia. Su juicio sobre el héroe de Chacabuco, sobre su política interna e internacional, queda, en sus rasgos generales, fundado e instacable.

El esmero con que está ilustrada la correspondencia, el enorme trabajo de búsqueda que acreditamos en estos comentarios y la plausibilidad de algunas conjeturas, avaloran considerablemente el libro. Es este un magnífico anticipo sobre las muchas y sazonadas obras que aún puede brindarnos el fev y sagaz historiador.

Naturalmente, la obra de más interés en el volumen es O'Higgins. Trazada por su propia mano en las varias circunstancias que trajo el transcurso de los años, se nos presenta ella con especiales caracteres, más diversos e íntimos que la semblanza que nos ofrece la historia. Es, este Epistolario, el más precioso y autoritativo documento sobre la historia de nuestra emancipación.

Esta larga correspondencia manifiesta la constante unidad de sus ideales y sentimientos; junto al héroe, al patriota ardoroso y al gran estadista, nos descubre al hombre privado, con sus ternos afectos sus generosos arranques e irreprochables condiciones de jefe de hogar. Esta es la otra faz de la medalla, que hasta ahora veíamos sólo por una cara.

En sus largas, incorrectas y poco elegantes frases, se plasma un alma toda nobleza y caballerescos impulsos, un alma en que conviven la gracia humorística, el encendido patriotismo, la sinceridad, la honradez y la penetrante observación de los caracteres. Esto último, cuando la pasión no nubla su claro intelecto.

Sus firmes convicciones liberales y republicanas no se desmenten un punto en los 25 años de esta correspondencia. Reiman, "no bre todo en las últimas cartas, extraordinaria dignidad y altura de miras. Cuando el héroe ve desconocidos sus servicios a la patria, la profunda melancolía que ellas reflejan impresionan los ánimos. En esas novísimas verba a Bolívar y San Martín, el héroe se mantiene a la altura de la gloria conquistada, con un gesto de noble conformidad que la historia no olvidará.

Lo que en estas cartas seduce es la fidelidad con que siguen los menores movimientos del alma de O'Higgins. Aquí no hay apresurados retóricos ni estudiados adornos. La frase brota espontánea, y nos impresionan porque antes que nosotros se emocionó el mismo O'Higgins al escribirla.

Muchísimas páginas pudieran citar en confirmación de este juicio. Vayan algunas de muestra.

Aquí tenemos, de sus primeros años, unas frases que pintan al héroe en hermoso ademán de patriotismo: "Sin embargo, mi querido amigo, he pasado ya el Rubicón. Es ahora demasiado tarde para retroceder, aún si lo deseara, aunque jamás he vacilado.

Me he alistado bajo las banderas de mi patria después de la más madura reflexión, y puedo asegurar a Ud. que jamás me arrepentiré... El mismo espíritu maligno que hizo correr la mejor sangre de Quito y de La Paz está sediento de la nuestra, y por mi parte yo sólo deseo que aquella que haya de verse corra, no en los patibulos, sino en los campos de batalla". (P. 24).

En la misma carta, que es una de aquellas en que mejor se transparentan los generosos impulsos de O'Higgins resalta este párrafo: "Me encuentro a la cabeza de... valientes y adictos que ni me venderán, ni me harán traidor, ni me abandonarán, pudiendo morir a su frente, si el destino no me deja mejor alternativa, y a decir verdad, no habría una manera más conforme a mis sentimientos para terminar mi carrera de la vida" (P. 28).

Y tal dilucidación del gesto arrogante de reto al poder opresor? Y continuación viene el párrafo de sinceridad única, de conmovedora modestia que nos gana el alma.

Escuchemos estas protestas de incomparable elevación moral: "he respirado por primera vez en Chile y no puedo olvidar lo que debo a mi patria. Mirar con apatía los errores y su degradación sería violar abiertamente un gran principio moral que me enseñaron a venerar desde mis primeros años; esto es, que debemos poner el amor patrio inmediatamente después del amor hacia el Creador". (P. 30).

Es más que un soldado afortunado quien escribe estas líneas en que se funden los dos supremos ideales de un ciudadano: es un gran carácter orientado por un noble corazón.

Estos anhelos de libertad los reitera O'Higgins eloquentemente en este párrafo de otra carta: "La adorada igualdad es mi ideal. Mi vida que tuviera me fueran pocas para sacrificarlas por la libertad e independencia de nuestro suelo, y tengo el consuelo de decir que la mayor parte de los descendientes de Atarco obran por los mismos principios" (p. 37).

La carta a don José Miguel Carrera transcrita en la página 47 bastaría a la celebridad del glorioso general. Tan mesurada en el tono, de tan íntima y afectuosa persuasión, tan agena a miserias codicias, puede afirmarse que el espíritu de la patria naciente era el que por mano de O'Higgins trazó aquella notable carta. Imposible no citar algunos, siquiera, de los párrafos del interesantísimo documento:

"Hable con él (con el portador de un oficio), con insensibilidad, y venimos, amado amigo, a poner fin y evitar las tragedias que nos amenazan. Haga el sacrificio último que la Patria y el honor exigen de Ud. No puede haber cosa más justa que la que los pueblos y el ejército desean; que se deje libre al pueblo de Chile para que nombre un gobierno provisorio mientras se reúnen los diputados. Hecho el nombramiento, inmediatamente pondrá toda la fuerza a disposición del nuevo gobierno, sean quienes fueren los nombrados y de este modo habrá la más perfecta unión. Estoy tan lejos de ambicionar, y menos de pretender mando alguno, que en breve se desengañará de ello. Conozco sí que para conciliar los ánimos se debe dar ahora paso tan necesario. Hagamos a Chile feliz; ejetemos un acto generoso, para borrar la mancha del día 26; entremos ambos al mando al pueblo soberano de Chile, y nuestra memoria será eterna. Me obligo a asegurarle que todo este ejército le adorará por acción tan generosa... En Ud. pende la salvación del Reino; yo no dudo que contribuirá a asegurarla, y a disponer de su constante amigo".

Empero (hay que recordarlo), este espíritu de mesura y concordia cede el campo a los más enérgicos dicteros cuando el fundador de la Patria Vieja, el turbulento Carrera, se lanza por la vía de las monotonías que comprometen la estabilidad de la naciente República". (Páginas 122, 123, 241, 262 y 266).

Junto a las páginas severas y entusiastas, encontramos en el Epistolario otras de recio humorismo, pintorescas o de espíritu observación. Véase, por ejemplo, esta frase que tomo de la página 104: "Me es muy sensible que los diábolos hayan podido extraer de mi amigo Quintana. Ese pueblo requiere palo de ciego; es muy revolucionario, pero luego que suena el chicote, no hay quien chiste". Esta virtud calmante del chicote es un bendito invento de terapéutica social. Ni falta en estas cartas el vocablo ingenioso digno de figurar entre los más agudos chilenses; v. gr. Patagonizar. ¿No ven ustedes la indicada aplicación que hoy tendría? Y si queremos imágenes descriptivas, aquí, en la página 177 hallamos una: "Hemos conseguido, sin embargo, que nos haga una baja el conserjateo del dueño de este buque, de cerca de 20,000 pesos, que no es cosa despreciable en estas circunstancias en que andamos arañando para pagar los gastos mensuales".

No siempre gustaba estas ocurrencias O'Higgins. Solía azagrar las cualidades opuestas y enfocadas por la pasión, formar sarcónicos juicios de las personas. Más de una de tales apreciaciones injustas ha tenido que rectificar el señor de la Cruz. Sirvan de muestra los casos del distinguido militar don Enrique Campino (p. 53) y de don Tomás Guido (p. 174).

Pero estos errores de apreciación son fáciles de enmendar; la misma correspondencia, en su completa honestidad, lo permite; O'Higgins no intenta ensañarnos. Lo que no admite duda y merece el más entusiasta aplauso es la escrupulosa, la puritana honradez del héroe. De ella tenemos un ejemplo que fuera delito no recordar: es la pequeña carta número 21 (p. 58). O'Higgins escribe en estos términos a San Martín: "Yo desearía aliviar en cuanto me fuese posible al Estado del gravoso peso que debe ocasionarle, a no tener que atender una familia que, igualmente que yo, se halla envuelto en la persecución del enemigo común. Es por esta obligación que usando de la franqueza con que Ud. me distingue, le suplico se me libren a las Cajas cien pesos a cuenta de la asignación que se me señalase, cuya cantidad será de grande alivio a su más atento servidor y apasionado amigo". ¡Ejemplo nobleísimo de moralidad cívica que retrata a un individuo!

Creo Ud. que le escribo para calentar con brisas marinas su cabeza caldeada en la hornilla satánica? Sería una ilusión de demasiado primaveral para la capiteada que atravesamos. Escribo por razones íntimas que me guardo.

Me pide Ud. correspondencia de este aristocrático balneario? La empleo con mi salida de Santiago y las dos horas de arrollo en Quileura por desahuciamiento de un tren de carga que obstruía la línea. Ante esta mala suerte de los servicios chilenos, se llena con ternura en los ferrocarriles alemanes. Si alguna vez pasa Ud. la frontera formidable, al entrar al vagón, crea que ha caído en brazos del Imperio alemán. Desde ese instante, ponga su mente en huelga.

Todo está hecho, dispuesto, previsto para que el feliz viajero llegue a término, llevado por mano de los ángeles. Si Ud. piensa o prevé algo, podría descarrillar el tren, pues el solo caso que no está previsto por la empresa es el del viajero prevenido. ¿Comprenden ustedes, nacidos en la tierra del inconveniente perpetuo, de las cosas mal hechas y a destiempo, lo que significa para el aprovechamiento de la vida esa providencia gubernativa, emanada directamente del Supremo Poder? ¿Comprenden?

Para ejemplo, recordará mi primer viaje en tierra germánica. Mi esposo (vestido de militar) me colocó en un vagón. Yo no sabía ni una palabra de esa lengua terrible. A poco de salir el tren, se acercó el conductor y debió hablarme, pero yo creí que sufría de bronquitis y que carrasperaba grueso, después me pareció que me retaba; pero como sus ojos eran claros e ingeniosos y atenuaba la excesiva fiereza de sus mostachos, comprendí que se podía a mis órdenes. En la estación del almuerzo me cogió de la mano, me instaló, me hizo servir, me ajustó la cuenta de restaurant y me depositó en el tren, trasapandome a su debido tiempo al conductor francés que me acompañó a la triste suerte de mujer miopie que viaja sola. En países tan admirablemente constituidos, que así cuidan el alma y cuerpo de sus huéspedes, ¿es extraño que de sus huéspedes de las artes—la música—haya encontrado innovadores y creadores como Wagner?

...Pero todavía estamos en Quileura con hambre, sed y calor. Don Pancho Subercaseaux se pasea nervioso, parece reflexionar en la verdad del adagio "Time is money". Conocida es su proverbial movilidad, que ha transmitido a su raza, en forma, que sus nietos no permanecen en el claustro materno, ni el tiempo prescrito por la naturaleza. Pero ahora toca a su inquietud. Hora mover el campamento. Un amigo me ofrece "LA NACION" para que lea la carta que me dirige Paulino Alfonso. Los que amamos el "verbo" por la pura belleza de frase redonda, bien cortada, ingeniosa e profunda, lamentamos no ser túfrafros, cuando ese amigo pitoceno, en estas cartas el vocablo ingenioso digno de figurar entre los más agudos chilenses; v. gr. Patagonizar. ¿No ven ustedes la indicada aplicación que hoy tendría? Y si queremos imágenes descriptivas, aquí, en la página 177 hallamos una: "Hemos conseguido, sin embargo, que nos haga una baja el conserjateo del dueño de este buque, de cerca de 20,000 pesos, que no es cosa despreciable en estas circunstancias en que andamos arañando para pagar los gastos mensuales".

No siempre gustaba estas ocurrencias O'Higgins. Solía azagrar las cualidades opuestas y enfocadas por la pasión, formar sarcónicos juicios de las personas. Más de una de tales apreciaciones injustas ha tenido que rectificar el señor de la Cruz. Sirvan de muestra los casos del distinguido militar don Enrique Campino (p. 53) y de don Tomás Guido (p. 174).

Las últimas cartas del Epistolario nos muestran a O'Higgins, en ejercicio ya de la autoridad suprema, barajando las intrigas políticas en el interior, colaborando en los magnos sucesos de la emancipación sud-americana, atento a todo, con incansable actividad, y en todo minuto de su vida al servicio de los ideales de independencia republicana por que alentó hasta su muerte.

Esta inquebrantable firmeza de convicciones políticas, no doblegada ni por el grave y temible influjo de sus amigos Bolívar y San Martín, es algo que lo honra y lo coloca en la esfera de los grandes fundadores de pueblos. Con plena justicia pudo, pues, O'Higgins dar de sí propio el testimonio que sirve de epígrafe al Epistolario: "El porvenir demostrará al mundo si he obrado bien o mal; todo lo que puedo asegurar es que mis intenciones han sido siempre puras".

Es el más alto y noble tributo que pueda rendirse a un ciudadano. Y por esto es que a pocos puede aplicarse mejor que a O'Higgins la frase lapidaria de Tácito: "Otros habrán conservado por más tiempo el imperio; ninguno lo habrá resignado con más grandeza de alma; Allí diutius imperium tenuerunt: nemo tam fortiter reliquit!".

EO PAR.

DESDE VIÑA DEL MAR

Vina de antaño y Vina de hogao.—Recuerdos y recordados....—El sprk.—Un vecino que ronca...

Señor Director: Creó Ud. que le escribo para calentar con brisas marinas su cabeza caldeada en la hornilla satánica? Sería una ilusión de demasiado primaveral para la capiteada que atravesamos. Escribo por razones íntimas que me guardo.

Me pide Ud. correspondencia de este aristocrático balneario? La empleo con mi salida de Santiago y las dos horas de arrollo en Quileura por desahuciamiento de un tren de carga que obstruía la línea. Ante esta mala suerte de los servicios chilenos, se llena con ternura en los ferrocarriles alemanes. Si alguna vez pasa Ud. la frontera formidable, al entrar al vagón, crea que ha caído en brazos del Imperio alemán. Desde ese instante, ponga su mente en huelga.

Todo está hecho, dispuesto, previsto para que el feliz viajero llegue a término, llevado por mano de los ángeles. Si Ud. piensa o prevé algo, podría descarrillar el tren, pues el solo caso que no está previsto por la empresa es el del viajero prevenido. ¿Comprenden ustedes, nacidos en la tierra del inconveniente perpetuo, de las cosas mal hechas y a destiempo, lo que significa para el aprovechamiento de la vida esa providencia gubernativa, emanada directamente del Supremo Poder? ¿Comprenden?

Para ejemplo, recordará mi primer viaje en tierra germánica. Mi esposo (vestido de militar) me colocó en un vagón. Yo no sabía ni una palabra de esa lengua terrible. A poco de salir el tren, se acercó el conductor y debió hablarme, pero yo creí que sufría de bronquitis y que carrasperaba grueso, después me pareció que me retaba; pero como sus ojos eran claros e ingeniosos y atenuaba la excesiva fiereza de sus mostachos, comprendí que se podía a mis órdenes. En la estación del almuerzo me cogió de la mano, me instaló, me hizo servir, me ajustó la cuenta de restaurant y me depositó en el tren, trasapandome a su debido tiempo al conductor francés que me acompañó a la triste suerte de mujer miopie que viaja sola. En países tan admirablemente constituidos, que así cuidan el alma y cuerpo de sus huéspedes, ¿es extraño que de sus huéspedes de las artes—la música—haya encontrado innovadores y creadores como Wagner?

...Pero todavía estamos en Quileura con hambre, sed y calor. Don Pancho Subercaseaux se pasea nervioso, parece reflexionar en la verdad del adagio "Time is money". Conocida es su proverbial movilidad, que ha transmitido a su raza, en forma, que sus nietos no permanecen en el claustro materno, ni el tiempo prescrito por la naturaleza. Pero ahora toca a su inquietud. Hora mover el campamento. Un amigo me ofrece "LA NACION" para que lea la carta que me dirige Paulino Alfonso. Los que amamos el "verbo" por la pura belleza de frase redonda, bien cortada, ingeniosa e profunda, lamentamos no ser túfrafros, cuando ese amigo pitoceno, en estas cartas el vocablo ingenioso digno de figurar entre los más agudos chilenses; v. gr. Patagonizar. ¿No ven ustedes la indicada aplicación que hoy tendría? Y si queremos imágenes descriptivas, aquí, en la página 177 hallamos una: "Hemos conseguido, sin embargo, que nos haga una baja el conserjateo del dueño de este buque, de cerca de 20,000 pesos, que no es cosa despreciable en estas circunstancias en que andamos arañando para pagar los gastos mensuales".

No siempre gustaba estas ocurrencias O'Higgins. Solía azagrar las cualidades opuestas y enfocadas por la pasión, formar sarcónicos juicios de las personas. Más de una de tales apreciaciones injustas ha tenido que rectificar el señor de la Cruz. Sirvan de muestra los casos del distinguido militar don Enrique Campino (p. 53) y de don Tomás Guido (p. 174).

Las últimas cartas del Epistolario nos muestran a O'Higgins, en ejercicio ya de la autoridad suprema, barajando las intrigas políticas en el interior, colaborando en los magnos sucesos de la emancipación sud-americana, atento a todo, con incansable actividad, y en todo minuto de su vida al servicio de los ideales de independencia republicana por que alentó hasta su muerte.

Esta inquebrantable firmeza de convicciones políticas, no doblegada ni por el grave y temible influjo de sus amigos Bolívar y San Martín, es algo que lo honra y lo coloca en la esfera de los grandes fundadores de pueblos. Con plena justicia pudo, pues, O'Higgins dar de sí propio el testimonio que sirve de epígrafe al Epistolario: "El porvenir demostrará al mundo si he obrado bien o mal; todo lo que puedo asegurar es que mis intenciones han sido siempre puras".

Es el más alto y noble tributo que pueda rendirse a un ciudadano. Y por esto es que a pocos puede aplicarse mejor que a O'Higgins la frase lapidaria de Tácito: "Otros habrán conservado por más tiempo el imperio; ninguno lo habrá resignado con más grandeza de alma; Allí diutius imperium tenuerunt: nemo tam fortiter reliquit!".

EO PAR.

DE IRIS

Vina de antaño y Vina de hogao.—Recuerdos y recordados....—El sprk.—Un vecino que ronca...

Señor Director: Creó Ud. que le escribo para calentar con brisas marinas su cabeza caldeada en la hornilla satánica? Sería una ilusión de demasiado primaveral para la capiteada que atravesamos. Escribo por razones íntimas que me guardo.

Me pide Ud. correspondencia de este aristocrático balneario? La empleo con mi salida de Santiago y las dos horas de arrollo en Quileura por desahuciamiento de un tren de carga que obstruía la línea. Ante esta mala suerte de los servicios chilenos, se llena con ternura en los ferrocarriles alemanes. Si alguna vez pasa Ud. la frontera formidable, al entrar al vagón, crea que ha caído en brazos del Imperio alemán. Desde ese instante, ponga su mente en huelga.

Todo está hecho, dispuesto, previsto para que el feliz viajero llegue a término, llevado por mano de los ángeles. Si Ud. piensa o prevé algo, podría descarrillar el tren, pues el solo caso que no está previsto por la empresa es el del viajero prevenido. ¿Comprenden ustedes, nacidos en la tierra del inconveniente perpetuo, de las cosas mal hechas y a destiempo, lo que significa para el aprovechamiento de la vida esa providencia gubernativa, emanada directamente del Supremo Poder? ¿Comprenden?

Para ejemplo, recordará mi primer viaje en tierra germánica. Mi esposo (vestido de militar) me colocó en un vagón. Yo no sabía ni una palabra de esa lengua terrible. A poco de salir el tren, se acercó el conductor y debió hablarme, pero yo creí que sufría de bronquitis y que carrasperaba grueso, después me pareció que me retaba; pero como sus ojos eran claros e ingeniosos y atenuaba la excesiva fiereza de sus mostachos, comprendí que se podía a mis órdenes. En la estación del almuerzo me cogió de la mano, me instaló, me hizo servir, me ajustó la cuenta de restaurant y me depositó en el tren, trasapandome a su debido tiempo al conductor francés que me acompañó a la triste suerte de mujer miopie que viaja sola. En países tan admirablemente constituidos, que así cuidan el alma y cuerpo de sus huéspedes, ¿es extraño que de sus huéspedes de las artes—la música—haya encontrado innovadores y creadores como Wagner?

...Pero todavía estamos en Quileura con hambre, sed y calor. Don Pancho Subercaseaux se pasea nervioso, parece reflexionar en la verdad del adagio "Time is money". Conocida es su proverbial movilidad, que ha transmitido a su raza, en forma, que sus nietos no permanecen en el claustro materno, ni el tiempo prescrito por la naturaleza. Pero ahora toca a su inquietud. Hora mover el campamento. Un amigo me ofrece "LA NACION" para que lea la carta que me dirige Paulino Alfonso. Los que amamos el "verbo" por la pura belleza de frase redonda, bien cortada, ingeniosa e profunda, lamentamos no ser túfrafros, cuando ese amigo pitoceno, en estas cartas el vocablo ingenioso digno de figurar entre los más agudos chilenses; v. gr. Patagonizar. ¿No ven ustedes la indicada aplicación que hoy tendría? Y si queremos imágenes descriptivas, aquí, en la página 177 hallamos una: "Hemos conseguido, sin embargo, que nos haga una baja el conserjateo del dueño de este buque, de cerca de 20,000 pesos, que no es cosa despreciable en estas circunstancias en que andamos arañando para pagar los gastos mensuales".

No siempre gustaba estas ocurrencias O'Higgins. Solía azagrar las cualidades opuestas y enfocadas por la pasión, formar sarcónicos juicios de las personas. Más de una de tales apreciaciones injustas ha tenido que rectificar el señor de la Cruz. Sirvan de muestra los casos del distinguido militar don Enrique Campino (p. 53) y de don Tomás Guido (p. 174).

COMESTIBLES
GARANTIDOS
Siempre Frescos
Departamento Especial
— on —
Nuestro Subterráneo
Gath & Chaves
Estado y Huárfanos.

mandaba en el hotel, fortaleza tan importante como hasta ahora, corazón de la aldea, centro y generador de la vida del pueblo. Nuestros placeres eran inocentes. Ibamos a la estación a ver pasar los trenes expresos y nos dábamos el baño lo más largo posible, hasta salir congelados (origen de la anemia de mi generación, que no conocí otro sport que darle lance a las olas del Pacífico). Las niñas de entonces no podían salir solas, de modo que para las idas a la estación tuvimos que buscar un editor responsable: el tío Domingo! Gentil caballero, que guardaba toda la urbanidad delicada, de la época en que los hombres sabían ser galantes con las damas. Con quien fuiste a la Estación, nos preguntaban.—Con mi tío Domingo, contestaban muy entonadas que tenían derecho para ponerle nombre posesivo, que yo apenas aleané a llamarlo con artículo. Pero como también mandaba a la estación a tomar humo, a los niños pequeños, el arte se descubrió pronto. Resolvimos expulsar a los no-acordados y con heróica crueldad nos acercábamos a acariciarlos y los plantábamos unos pellicuchos monjes, que los dejaban chillando durante una hora. Los niños preferían ir al encierro, que a la estación. ¡Cómo temo que en la soberana justicia del Señor, me caiga de yerno alguno de esos párvulos inocente sacrificados!

En aquel tiempo, la sociedad femenina estaba dividida en dos porciones, la madre con volúmenes de finje y capota de bridas, y la niña candorosa. No tuvimos en nuestro tiempo esa competidora terrible que es la mujer casada, hermosa y en plena posesión de los encantos de la madurez. Para la joven que aspiraba a tener un legítimo dueño, era un enemigo formidable, ese tipo de mujer que Anatole France esculpió en una de sus admirables frases: "Ames douces et qui valent être consolés".

Esas mujeres son en el paraíso de la juventud, el árbol de la ciencia del bien y del mal... que guarda el secreto de los dioses. El que conoce el fruto del árbol prohibido, no quiera comer después de las otras frutas del jardín bíblico. Por este nuevo ejemplar de mujeres el matrimonio se ha hecho difícil. Los hombres gustan más de consolar a las almas dulces que lo han menester, que de hipotecar su vida, en un sacramento, que San Pablo, aunque cético, llamó grande.

Nosotros no sufrimos de esa ansia casamentera, que nos a madres e hijas. Sabíamos que sin esfuerzos, sin gastos de "columplación", sin dote, atraparíamos el par de pantalones que nos deparaba la muerte (y pantalones con dos piezas dentro, lo que no lograrán ahora las testas coronadas de Europa). En aquel tiempo no éramos lujosos, no usábamos camisas de batista ni medias transparentes, (collar de perlas! ni en sueños! Llevábamos sombreritos de mote de café, vestidos de perezal, medias y zapatos de guardia campestre.

Y así nos amaron, hicimos perder el sueño, aspirar y esperar años de años hasta que nos dio la real gana de decir: ¡Si! Los jóvenes de nuestro tiempo tenían recios los músculos, y magníficas barbas. "Du coté de barbe est la tonie puissance". Eran hombres, en fin, capaces de protegerlos, de dar un trompón o un balazo para vengar un agravio. No conozco a los jóvenes actuales, pero a través de mis lentos los diviso muy farfutos. Nosotros fuimos, sin duda, niñas más felices que las de ahora. El espectro del solterajo nunca nos espantó. Y ya que evoco ese tiempo, busco a los sobrevivientes del naufragio de la vida. ¿Dónde están mis contemporáneos, las lindas muchachas de 1885? Han sucumbido en este revuelto mar, solo veo dos que flotan en la superficie de las aguas: Emilia O. y Blanca V. Para mí, flotar es no sólo conservar la vida, sino conservar el carácter, la belleza, la juventud y las ilusiones, que es en donde debieran contarse nuestros años. El carácter es el resultado del conjunto de impresiones, buenas o malas, que hemos recibido. Conservar el carácter de la juventud significa que la vida ha sido complaciente con nosotros, que nos ha servido bien.

Pero volvamos a la actualidad. Entro al hotel y el gran patio convencional que corrí como animalito indómito, haciendo encrespas las barbas fúvies de don Guillermo, atropellando viejas y derribando niños, está convertido en un fresco patio soñoliento; tiene flores, grandes árboles y una fuente al centro que ha enmudecido. Casada, quizá, de ver y de murmurar en vano, ha preferido callar, como esos abates del gran mundo que aburridos de refulsunar en vano a cada pecado que oyen, acaban por sonreír... Correctos señores, de pechugas albas y de largos labanos entre los bigotes se pescan en ameba charla con damas, que no son avaras de su pala-

bastrinas redondeces. Toca la orquesta y la electricidad pone, sobre todas las cosas, su blanquecina luz muerta, dando un aspecto de anemia moral a esta sociedad que viene a tonificar en Vifa, la banalidad y el tedio santiaguino.

El administrador del hotel, señor Moragas, me sonríe con una de esas buenas sonrisas que no se compran ni se venden, como la de los hoteles europeos; los mozos son solícitos, complacientes, me guardan las llaves y me reconocen las alhajas olvidadas... pero mis papeles no les merecen ningún respeto. Los estrujan en la mano con indolencia.

Encuentro una buena cama y me prometo una noche de labrador normando, que ha entrado a su suegra... Me duermo... pero pronto me coge una horrible pesadilla. Voy perseguida por un animal feroz; un toro de Miura corre ciego tras de mí... Me despierto espantada... Dios mío! es un señor que ronca en la pieza del lado... No ronca, ¡no! que gruñe, que brama, como pantera embravecida del Circo de Nerón... ¡Cómo despertarlo! Hombreros hay, que no despiertarán por un terremoto, ni por un cañazo, pero a quienes despierta un suspiro de mujer, un llanto de niño. Es el corazón que vela cuando reposa el cuerpo, es el instinto de la paternidad, que se estremece en el fondo de las entrañas de los hombres... pero a este alemán, que duerme sin duda una mona de cerveza, no lo despertaría un torpedito.

Desesperada, me levanto a vagar como ánima en pena, por los desiertos corredores. Brilla la luna en un cielo de pureza y profundidad tropical. Los densos pinos de la Quinta Vergara, murmuran y murmurarán como si fuesen señoras piadosas de Santiago que escandalizan el aire... Regreso a mi cuarto y el vecino ha subido el diapason de su orquesta y ahora parece tempestad de truenos. ¡Quién será? Su estado, sin duda, es de cético, pero ¿y su oficio? No sabría decir a qué profesión puedan deshonrar esos ronquidos. Me desquito a la mañana, haciendo una algarada del diablo. Abro los cajones de todos los muebles y como ninguno cierra, los mozos los hunden a trompicones y a rodillazos, pero mi vecino sigue durmiendo imperturbable. Pregunto a quién es. "Lo mentan con un nombre muy raro", me dice el mozo, "pero ha de ser sobrenombre, "Mont-Calm". Me desarmo. Es mentira aquello de "que no hay peor enemigo que el de tu oficio". Los periodistas y los neurasténicos, son mis niños mimados. Perdono a este favorito de Morfeo... ¡cuántos disgustos, cuántas penurias separtará ese bendito sueño! Y ahora que sé quién es, le daré un consuelo a su futura esposa. Mi marido también ronca, pero la gracia sacramental o Cupido indulgente hacen que ese mismo ruido que nos desespera en el hombre ajeno, nos arrulle en el único hombre que nos concede la licencia. Lo que no perdono es que sea más popular en Iris entre los mozos y las doncellas del hotel, pues mientras a Mont-Calm le saben hasta el sobrenombre, a mí me han tomado por institutriz y cuando toca la campanilla, el sirviente pregunta: ¿Qué quiere la madama?

Tengo que reponer mi sueño, señor director.

(Continuará).

IRIS.

MEMORANDUM

10 de Febrero 1917.
Temperatura bajo abrigo—Máxima 28.8. Mínima 10.6.
Temperatura a cielo descubierto—Máxima 64.9. Mínima 9.3.

	7 A. M.	2 P. M.	9 P. M.
Temperatura bajo abrigo.....	13.2	27.5	16.1
Bárometro a 0 mm.....	716.9	716.5	718.1
Humedad relativa %.....	89	42	74
Tensión del vapor de agua.....	10.1	11.4	10.1
Dirección del viento.....	calma	SSW	S
Velocidad del viento por minuto.....	0	157	93
Neblinidad (Décimos nubados).....	1	3	2
Agua caída.....			

Evaporación en 24 horas mm., 2.0.
Kilómetros recorridos por el viento en 24 horas, 146.6.
Hidrometeoros, Rocío.
Agua caída en 24 horas mm.....

Observatorio Astronómico de Santiago de Chile

	H.	M.
Salida del sol.....	5	32 A. M.
Puesta del sol.....	6	55 P. M.
Salida de la luna.....	8	50 P. M.
Puesta de la luna.....	9	35 A. M.
Salida del sol.....	5	33 A. M.
Puesta del sol.....	6	55 P. M.
Salida de la luna.....	9	22 P. M.
Puesta de la luna.....	10	32 A. M.

Próxima fase de la Luna C. Mercurio, Febrero 14.
Muechas del Sol al 10 de Febrero nubado.
El cenitazgo de medio día se observó el día 10 a las 11 h. 59 m. 50 s.

Encomiendas Internacionales Recibidas por la Administración Principal de Correos de Santiago, el día 10 de Febrero de 1917

5827	Bombet
5828	Carrión Renni
5829	Casasueva Luis
5830	Charles Elena
5831	Chanut
5832	Doggenweiler Huo
5833	Kahn O.
5834	Langer F.
5835	Levy Ernesto
5836	Librería Gratuidad Nacional
5837	Librería Patrocinio S José
5838	Loubat F.
5839	Mates G.
5840	Mazeda N. José
5841	Merlier Constant
5842	Salas Edwards de
5843	Salech Nuncio
5844	Toussaint Mercedes J.
5845	